

NOTAS SOBRE LA POESIA APOCALIPTICA HISPANOAMERICANA

Iván Carrasco M.

Universidad Austral de Chile

1. La literatura de carácter religioso ha sido vinculada a menudo con variados factores de interpretación (filosófica, sociales, políticos, éticos, etc.); tales son los casos de Gabriela Mistral, de Ernesto Cardenal, Miguel Arteche, algunos de sus representantes más conocidos entre los poetas actuales.

Sin embargo, en nuestro medio, pocas veces ha sido examinada a la luz de los géneros propiamente bíblicos. Entre éstos, uno de los más singulares es el *género apocalíptico*. Su nombre tiene origen en el término griego "apokalüpsis", que implica la idea de revelación, tanto de hechos futuros referentes al fin de la historia, como de la presencia invisible del más allá (el cielo y el infierno) en nuestro mundo temporal.

Este tipo de discurso ha tenido dos grandes líneas de desarrollo. Una de ellas, de carácter estrictamente religioso, ha usado la literatura como un medio de "edificar, exhortar y consolar"¹. Su función básica es la profética, por tanto, interpretar las realidades de su tiempo para orientar a su pueblo. El profeta es un profesor (en el sentido vocacional del oficio) de la doctrina revelada por Dios, que intenta educar con ella a sus contemporáneos, por lo cual no requiere sólo explicarla, difundirla, comunicarla, mediante los recursos didácticos de la época (el principal: el género literario) sino además vigilar a éstos y exhortarlos para que sean consecuentes con la "buena nueva" aceptada. "Su espíritu, lleno de celo de Dios, mira los pecados presentes del pueblo y los reprende, esforzándose por hacerle ajustar su vida a la norma que de Dios ha recibido. Las calamidades presentes y futuras le sirven de tema para mostrar la justicia de Dios e infundirle aquel temor que el mismo Yahvé se proponía infundirle con las teofanías del Sinaí (Ex 20,20). Las profecías mesiánicas entran en este plan para consolar a los fieles, afligidos con las miserias del presente, y para alentarlos a esperar en la fidelidad de Dios. *El profeta, es, pues, el hombre de su tiempo y que habla a sus coetáneos*. Su lenguaje está calcado en la misma realidad, vista por él con aquella su mirada viva y penetrante, a la que el espíritu de Dios daba tintes

¹San Pablo I Cor. 14,3.

sublimes”². Entre los libros proféticos de carácter apocalíptico el más importante es el “Apocalipsis” de San Juan, escrito en Patmos entre los años 96 y 98 de nuestra era aproximadamente, e incorporado a la Biblia.

Un desarrollo más literario del género se ha realizado en diversos ámbitos, en especial en el de la Ciencia-Ficción³; en estos casos, el predominio no recae en el presente sino en la descripción o anuncio del futuro, aunque esto según Nácar y Colunga “tiene algo de artificioso, ya que en realidad el vidente no puede desligarse de la edad presente, para la cual escribe y en la cual quiere ejercer su influencia”⁴. Estos autores también indican que el estilo apocalíptico es alegórico, con abundancia de visiones imaginarias y escenas teatrales en las que se integran los elementos de la naturaleza y del más allá (especialmente los ángeles); el uso de cifras aritméticas con apariencias de precisión cronológica, pero en realidad con valor simbólico; comparaciones que son simples aproximaciones para indicar que las realidades de que se escribe superan toda comparación, concluyendo finalmente que “A pesar de las apariencias, *los apocalípticos son hombres de libro*. Sus imágenes, visiones, etc., están tomadas de los libros del Antiguo Testamento. En el mismo San Juan hay pocos elementos que no sean copia o imitación de la Historia Sagrada, de los Profetas, de los Salmos”⁵.

Por su parte, David Ketterer señala que la literatura apocalíptica se preocupa de crear “otros mundos que existen a nivel literal, en una relación creíble (ya sea sobre la base de una extrapolación y analogía racionales o de una creencia religiosa) con el mundo “real” provocando, en la mente del lector una destrucción metafórica de ese mundo “real”⁶. Desde esta perspectiva, el escritor apocalíptico adopta una actitud filosófica de preocupación por el momento de yuxtaposición de ambos mundos y la transformación o transfiguración de uno en otro, hecho que se produce cuando un viejo mundo mental concibe uno nuevo que, o anula y destruye el sistema viejo (avejentado más bien) o, lo que es menos probable según Ketterer, lo hace formar parte de designios más vastos.

2. Este tipo de escritura, por sus mismos caracteres intrínsecos, se presenta en la narrativa de modo preeminente. Es fácil observar que en la literatura de Ciencia-Ficción, por ejemplo, el tipo de texto más frecuente es el relato, seguido a gran distancia, también en términos cuantitativos, por el drama, género que implica de modo importante la presencia de la historia y por ende, del relato. En poesía los casos que aparecen son de alguna manera excepciones.

De allí, también, que es difícil encontrar rasgos apocalípticos en forma sistemática, es decir, constituyendo un género o una tendencia, en la lírica de Hispanoamérica. Aventurando una hipótesis, podemos indicar que en el ámbi-

²Eloíno Nácar y Alberto Colunga: estudio introductorio al *Apocalipsis* de San Juan, en su versión directa de las lenguas orientales de la *Sagrada Biblia*. Madrid, La Editorial Católica, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, pp. 1254-1255.

³Al respecto, Cf. David Ketterer: *Apocalipsis Utopía Ciencia Ficción*. Buenos Aires, Ediciones Las Paralelas, 1976 (1974).

⁴Nácar-Colunga, op. cit., p. 1255.

⁵Id., p. 1255.

⁶Ketterer, op. cit., pp. 23-24.

to hispanoamericano el poeta más importante que cultiva el género apocalíptico es el nicaragüense Ernesto Cardenal y en el ámbito nacional, Miguel Arteche, sin menoscabar a Neruda que ha escrito al menos dos libros completos en una dirección análoga (*La espada encendida* y *Fin de mundo*) ni a Huidobro (recordemos su *Altazor* al menos) y a otros escritores que la naturaleza de este trabajo no permite mencionar.

Tanto en Cardenal como en Arteche la dimensión apocalíptica no es sólo temática (esto lo percibe con nitidez Arteche en una entrevista a la cual ya nos referiremos), sino vertebradora de su poesía en cuanto totalidad discursiva, no sólo realidad referida, sino también categoría estructurante. Los dos poetas escriben desde una experiencia de fe acunada en la Iglesia católica y poseen una formación bíblica y teológica profunda.

3. *Ernesto Cardenal* tiene un poema llamado precisamente "Apocalipsis"⁷. En él describe la destrucción del degradado mundo terrestre y la aparición del nuevo cielo y la nueva tierra de que habla San Juan. El mundo se destruye por causa de sus propias imperfecciones, del poder utilizado para el mal, de la capacidad científica y tecnológica empleada para la guerra y la muerte, en otras palabras, por el pecado incorporado en la estructura y la marcha misma de la sociedad humana:

"y vi sobre Nueva York un hongo
y sobre Moscú un hongo
y sobre Londres un hongo
y sobre Peking un hongo
(y la suerte de Hiroshima fue envidiada)
Y todas las tiendas y todos los museos y las bibliotecas
y todas las bellezas de la tierra
se evaporaron
y pasaron a formar parte de la nube de partículas radiactivas
que flotaba sobre el planeta envenenándolo" (p. 107).

Según Cardenal, es la propia actividad humana, su tremenda inteligencia y capacidad constructiva, que, paradójicamente, llevarán al mundo a su fin, concebido como una hecatombe nuclear. Sin embargo, el ser humano no está visto como un ser inmanente sino en relación a realidades supranaturales, Dios y el Demonio, con sus respectivos séquitos:

" Y el ángel me llevó al desierto
y el desierto estaba florecido de laboratorios
y allí el Demonio hacía sus pruebas atómicas
y vi a la Gran Prostituta sentada sobre la Bestia
(la Bestia era una Bestia tecnológica toda cubierta de Slogans)
y la Prostituta empuñaba toda clase de cheques y de bonos y de acciones
y de documentos comerciales
y estaba borracha y cantaba con su voz de puta como en un night—club
y en la mano izquierda tenía una copa de sangre

⁷Pp. 106-110 de su *Antología*. Buenos Aires-México, Ediciones Carlos Lohlé, Cuadernos Latinoamericanos, 1971.

y se emborrachaba con la sangre de todos los que ella había purgado
y de todos los torturados y los condenados en Consejos de Guerra
y todos los enviados al paredón
y todos los opositores de la tierra
y todos los mártires de Jesús” (pp. 109-110).

La guerra entre las naciones (el apocalipsis) en realidad está provocado por la lucha entre Dios y el Demonio, amo de la sociedad de consumo. La victoria final de Cristo sobre el mal altera la evolución biológica en la tierra y hace nacer una especie nueva, un hombre nuevo:

“la especie no estaba compuesta de individuos
sino que era un solo organismo
compuesto de hombres en vez de células

y todos los biólogos estaban asombrados

Pero los hombres eran libres y esa unión de hombres era una Persona

—y no una Máquina” (pp. 110).

Visión profundamente humana y contemporánea de la redención final de lo existente. El “Apocalipsis” de Cardenal es una reescritura en el contexto de la civilización actual (tecnológica, consumista, competitiva, bélica) del Apocalipsis de San Juan.

Sin embargo, este poema no es la única expresión apocalíptica de su poesía, pues la visión de una sociedad mal organizada, fratricida y antihumana que debe ser destruida para dar paso a una sociedad de hermanos fundada en el amor, la libertad y la plena realización de todos, es la utopía permanente en sus escritos, de manera explícita o implícita. Esto se vislumbra en sus tempranos *Epigramas* y se desarrolla en sus *Salmos* y otras obras; la visión apocalíptica aparece tanto en la crítica y elogio cordiales del *Homenaje a los indios americanos* como en la terrible descripción de su país en el *Oráculo sobre Managua*. Gran parte de las características de su poesía se explican desde la concepción apocalíptica de la realidad de Ernesto Cardenal, pero esta afirmación requiere un estudio extenso y sistemático para ser comprobada.

4. *Miguel Arteche* es un poeta que se ha caracterizado por la conciencia que tiene del proceso y del producto de la escritura poética, expresada por juicios sobre la literatura de otros escritores y sobre la propia. En una entrevista hecha por Juan Villegas, Arteche manifestó: “Hay ciertos versos que se acercan a textos apocalípticos: el profeta Isaías. En un verso se habla de *la navaja alquilada de Dios*, que es un versículo tomado de Isaías. Pero, ¿por qué escribí este poema? ¿Qué es ese poema? Parece —pero esto puede ser puramente una explicación racional, y no sé hasta dónde sea válida—, parece que Dios está destruyendo un mundo que no es perfecto o un mundo donde los hombres no son perfectos. No sé. Ese poema tiene mucho de esa calidad eruptiva con que suelo escribir. Nunca escribo en frío. Es cierto que me preparo mucho para escribir, que estoy constantemente experimentando. Pero escribir en una línea apocalíptica, no sé: se trata de un impulso irresistible. Es increíble, pero esta calidad —lo apocalíptico— ha sido señalado escasamente por la crítica chilena. Creo que sólo se han referido a ella Hugo Montes y Alfonso Calderón. Me refiero a que

se dieran cuenta del arranque apocalíptico de mi poesía: no al tema exterior, que eso sí, es evidente, porque está muy claro en algunos títulos. Por ejemplo, las *Invocaciones a Nuestra Señora del Apocalipsis*.

JV: Yo lo califico de apocalíptico en el sentido de prohibición y anuncio de desgracia que se avecina.

MA: Eso es. Y está no sólo en ese poema, sino en otros del mismo libro”⁸.

Sin duda, lo apocalíptico aparece expreso en los cuatro poemas que constituyen el conjunto de “Invocaciones a Nuestra Señora del Apocalipsis”⁹. Allí el poeta, guiado por su piedad marial, se dirige a la Virgen para pedirle apoyo en la aventura de vivir; asume la representación de los necesitados y recurre a su sabiduría:

“Nosotros los desterrados: nosotros los desaparecidos,
 los anónimos puntos de los años,
 los que esperamos tu silencio,
 los parias, los hambrientos
 de tu amor: nosotros los últimos, los que caemos
 de rodillas (de rodillas nacemos):
 nosotros los del suelo:
 ¿qué podemos hacer para volver a verte, qué podemos
 hacer para empezar de nuevo,
 qué podemos hacer
 en esta noche irremediable de la tierra?” (pp. 194-195).

Queda claro que el poema no se refiere únicamente al tiempo de las postrimerías, sino a todo el tiempo humano, “esta noche irremediable de la tierra”; su poesía es escatológica en la medida que considera de algún modo que todo tiempo lo es, puesto que el hombre separado de Dios vive en la soledad y el sufrimiento de la historia. De aquí surge la concepción de la existencia como destierro, constante en la experiencia del mundo de la lírica de Arteche, destierro que sume al hombre en la soledad, en las tinieblas que invaden lo existente:

“Tinieblas que allí están. Si no las veo
 es porque estoy desnudo de tinieblas”
 (“Tenebrae”, p. 167)

En esta oscuridad (en el sentido simbólico de los místicos: ausencia de Dios o falta de vínculo con El) sólo la Virgen puede acompañar al hombre y guiarlo, para encontrar de nuevo el camino hacia la verdad y el fundamento, el sentido de la vida:

Guía mi mano sobre las montañas y el mar
 Sostén mi mano cuando la jauría
 de la noche penetre hasta mis huesos.

⁸Juan Villegas: “Entrevistas a Miguel Arteche” *Revista Chilena de Literatura* 12, octubre de 1978, pp. 42-43.

⁹Octava sección de *Destierros y tinieblas* (1952-1964), incorporado al volumen *De la ausencia a la noche*. Santiago, Zig-Zag, 1965, pp. 187-195.

Y cuando venga el viento de las turbias astillas,
 levanta el invisible muro de tu mirada.
 Funde

los pétreos latigazos de la carne.
 Llave del desterrado
 Puerta para los parias
 Norte lustral del ciego.” (p. 188).

Sólo María es capaz de retener la mano airada de Dios sobre la humanidad pecando, sólo ella puede iluminar la oscuridad del mundo y ser esperanza de salvación:

“Todo es noche en el mundo. Tu sol descienda al mundo.
 Todo es noche en el hombre. Tu sol descienda al hombre.
 Mantén la investidura del planeta, los ángulos
 de la tierra que ya se desmoronan.
 Y ruega por nosotros en la ira del juicio” (p. 188).

No sólo estos bellísimos poemas son de índole apocalíptica, sino la raíz misma de su lírica: su afán de trascendencia y fundamento en medio de la finitud y el caos del existir, que condiciona, entre otras cosas, su particular modo de percibir el tiempo; no sólo en temas religiosos, sino “también los poemas profanos evidencian una suerte de desplazamiento constante hacia lo que con expresión propia del autor podría llamarse “otro nacimiento”¹⁰.

5. Las líneas anteriores esbozan a grandes pinceladas la situación de este tipo de poesía en nuestro continente, señalando sus figuras cimeras, sin entrar ni al detalle de su obra, que requiere estudios particulares, ni de otros autores que han escrito poemas apocalípticos o mantienen una visión conexas, análoga o paralela de la realidad, a veces inversa como en el caso de Parra, Lihn o de Rokha en cuanto a los valores expresados.

Para completar el cuadro, es necesario referirse a un libro de reciente aparición que reactualiza este género discursivo. Es el caso de *Futurologías*¹¹ del chileno José Miguel Ibáñez, más conocido como crítico literario a través de su seudónimo Ignacio Valente.

Futurologías es un extenso poema organizado en 131 cantos; en su conjunto, es una impugnación a la cultura, a los sistemas de valores y a los diversos modos de organización de la sociedad moderna; el libro pasa revista a los pensadores más decisivos, a los problemas cruciales y a los aspectos relevantes de nuestra época. Su afán es desmitificar todo lo existente, oponiéndolo al absoluto de Dios y su iglesia, únicos valores aceptados y ensalzados.

El libro de Ibáñez tiene más apariencia de discurso filosófico o ensayístico que de poema, precisamente por su intento de asumir una actitud profética y la condición de literatura de ideas que adopta la poesía apocalíptica en su intento

¹⁰Hugo Montes: *La lírica chilena de hoy*. Santiago, Zig-Zag, 1967, VII, p. 163.

¹¹Santiago, Universitaria, 1980.

de cuestionar los supuestos epistemológicos básicos de la situación humana¹². De allí el carácter referencial de sus enunciados. A pesar de ello, el texto no está escrito en prosa, sino en verso blanco, con predominio de endecasílabos, alejandrinos, heptasílabos (y algunos fluctuantes), lo que le permite mantener el ritmo a través de las innumerables páginas de sostenido impulso verbal. Una gran cantidad de citas y referencias en distinto idiomas, a textos y autores muy variados, al mismo tiempo que connotan el carácter universalista del poema, reproduce a un nivel discursivo el afán de polemizar con la tradición cultural vigente, oponiendo la Biblia a todos los textos citados, ya que “los apocalípticos son hombres de libro”¹³.

Como el mismo texto lo señala (“utopías debió titularse este libro”, p. 364), *Futurologías* se trata de una visión optimista en grado máximo del tercer milenio de la humanidad, época perfecta porque habrá superado los errores del pasado, transformada por el triunfo del catolicismo:

“... cielo nuevo y tierra nueva
la religión le ha vuelto los colores
a la cara tristísima de antaño (p. 222).

El poeta que presenta esto se muestra como un hombre normal, humano y terrestre, pero profeta (“sin querer compararme lo mismo sucedía a los grandes profetas de Israel”, p. 101) y sacerdote que tiene una tarea que cumplir:

“Dios me libre de inventos y ficciones
yo sólo soy un cronista del futuro
qué puede la poesía sin verdad
mis futurologías son un sueño
sólo por eso son tan verosímiles
qué cosa es más real que ciertos sueños
nada nada de Freud ni de Breton
pura Biblia no más yo soy un cura
escribo ahora mismo con sotana
que es la veste mejor para escribir” (p. 8).

Se define contradictoriamente (al modo de Nicanor Parra, cuya antipoesía es uno de los modelos seguidos por Ibáñez) como “hijo de Dios un sacerdote/que tiene el corazón del siglo XX/la memoria insondable de la Iglesia/los pies de estricto barro personal” (pp. 9—10), ya que tiene una elevada idea de su condición:

“corazón de poeta y sacerdote
que son para el varón los dos oficios
más santos y más puros de la tierra” (p. 13).

Es sugestivo observar que se autodefine como un “sacerdote con sotana”, es decir, partidario de lo tradicional. Desde esta perspectiva juzga el mundo viejo

¹²Cf. Ketterer, op. cit., p. 23.

¹³Nácar-Colunga, op. cit., p. 1255.

que es el siglo veinte (y sus antecedentes), al cual fustiga con vehemencia y santa ira, proclamando su fin:

“el siglo que anochece el siglo XX
viene mal desde el siglo XVI
aún antes quizá
lo que se termina es el Renacimiento
el hombre la medida de lo real
lo que llega a su fin es la Reforma
el libre examen de mi propio ombligo
lo que agoniza hoy es la Inmanencia
el cógito que sueña con ser Dios
lo que se apaga ahora son las Luces
nuestra diosa Razón racionante
y su fino trasero a saber el absurdo” (pp. 122—123).

Su diagnóstico de la situación del mundo es pavoroso: “Sólo queda la máquina ilustrada/hoy ya todo se pudre bajo tierra” (p. 131), “ya no hay hombre no hay mundo ya no hay nada” (p. 132).

Según Ibáñez, lo que ha arrastrado al mundo a su destrucción es el ateísmo, el abandono o la sustitución de Dios en todas sus formas (arte, ciencia, política, filosofía, costumbres, etc.): “c’est a dire nada menos que de Dios / renacer religioso del planeta / condición esencial si es que existe futuro” (p. 165). El poeta denuncia que la organización de la sociedad se funda en la dicotomía catolicismo / esclavitud, pues toda política termina en teología:

“bien très bien ce Proudhon c’est un mystique
y lo mismo Jean Cau matad a Dios
y tendréis en el acto Hitler, Stalin o Mao
el César sólo es dios si Dios no existe
alejandro darío calígula nerón
el ateísmo tiende al totalitarismo
dondequiera que a Cristo crucifican
resucita en el acto el tiranuelo
el mesías de turno
sargento mago dios o general
la democracia debe merecerse
a fuerza de cumplir con el decálogo” (p. 166).

Con una percepción agudísima y casi exacerbada del mal y del pecado, el poeta denuncia la deshumanización por la tecnificación y sus secuelas (el pragmatismo, la robotización, etc.), la falta de respeto por la vida, en especial el aborto, las revoluciones, los mitos del pasado, las ideologías, la sociedad de consumo, el estado socialista, las religiones orientalistas, etc., hasta llegar a definir la sociedad actual como una réplica invertida de lo eterno.

El poema es una terrible amonestación y advertencia a este siglo funerario al que, sin embargo, el vate ama porque es su persona y la de sus hermanos, y le expresa su amor en varias formas, tiernas, irónicas y ridículas:

“I love you 20th century sincerely
I am crazy about you my dearest time

oui je t'aime dans la joie ou la douleur
 ti voglio tanto bene o tempo o solé mio
 si quieres te declaro en sánscrito mi amor
 en esdrújulo adórote mi témporte" (p. 374).

Los valores que afirma el poeta son la vida y el amor, considerados como sagrados por su relación de creados por Dios y expresión suya. Las categorías que organizan su conciencia son la ley natural ("la norma es respetar a la natura", p. 176) y la tradición católica (especialmente la teología tomista). Desde esta óptica escribe sus más hermosos versos dentro del tópico del "ubi sunt", lamentando la pérdida de vínculo con la hermosura de la naturaleza (Canto 8), el alma de las ciudades y la fantasía (Canto 9) y el hogar (Canto 10).

El mundo utópico que profetiza para el tercer milenio, hecho de anhelos, sueños y esperanzas, además de fe, está basado en la pobreza evangélica y en el amor (Canto 36 al 40) y en el amor (Cantos 42 y 43), un mundo sin guerras ni pecados, respetuoso de la vida, amante de María, seguidor del catolicismo occidental, puesto que Dios es el centro del futuro y la Iglesia se opone a todos los valores humanos, superándolos (Canto 50). Esta concepción teológica, en gran medida triunfalista y preconciiliar, plantea al Evangelio como "código de toda disidencia" (p. 24). Esta "mutación religiosa del planeta" (p. 141) acerca a Ibáñez a Cardenal y a Teilhard de Chardin, dos autores negados por él, pero a los cuales su libro debe bastante. La diferencia está en que Cardenal parte de una concepción histórica de la fe encarnada en un hombre situado en un momento y circunstancia sociocultural determinados, y Teilhard de Chardin de un Cristocentrismo antropológico de sólida base científica; Ibáñez, en cambio, niega la existencia de estructuras de toda índole (pp. 142-143) y pretende que su palabra está libre de ideología ("esa metafísica de los tontos", p. 99), pues sus "futurologías son extrañas/ni más ni menos que la realidad" (p. 9). El poeta niega las ideologías, pero escribe desde una de ellas, pues todo discurso está sometido necesariamente a una norma de verosimilitud. Como afirman Nacar, Colunga y Ketterer, el profeta es un hombre de su tiempo y su mensaje está teñido por el sistema de valores de su época. Como hombre del siglo XX, Ibáñez escribe desde la ideología de la muerte o ausencia de la ideología, a pesar de su afán desmitificador de la tecnocracia.

La doctrina que propugna *Futurologías*, en la cual el derecho natural como entidad permanente o categoría ahistórica juega un papel importante, es una fe esencialista centrada en la persona, cuya naturaleza permanece inalterada en el curso de una historia que en lo fundamental se reitera:

"Como puede apreciarse a la luz de la historia
 la historia se repite la Reforma
 una rama con hojas otoñales sin flores
 contra el viejo inmortal tronco romano" (p. 190).

En la utopía imaginada por Ibáñez:

"el mundo vuelve a ser el mismo de antes
 con pequeñas ventajas tecnológicas
 con algunos problemas naturales
 tanta cosa que muda y se transforma
 el hombre es el ser menos transformable" (p. 39).

Ya que "el corazón humano se repite/de siglo en siglo idéntico" (p. 161) y por eso el poeta afirma: "estoy con la experiencia del pasado" (p. 161).

Sin duda, hay contradicciones en este libro, pero contradicciones conscientes, doctrinarias por decirlo así pues están inspiradas en el Evangelio:

"mi futuro es creíble porque es contradictorio
sobre contradicciones
invocar bien podría tantos nombres /.../
sólo puedo invocar a mi dulce Jesucristo
el que más vive muere quien se gana se pierde
la paz está en la guerra los últimos primeros
el fracaso absoluto es la victoria total
de la crucifixión /.../
invoco con vergüenza el santo nombre de Cristo
para salvar mis pobres predicciones
tengo derecho puesto que en resumen
no diviso futuro sino en Cristo
fuera de Cristo sólo está la nada
yo me amparo en la Cruz contradictoria" (pp. 370-371).

En conclusión, podemos decir que *Futurologías* es un vasto poema apocalíptico de carácter utópico; parece decirnos que todo tiempo pasado fue mejor: la casa, el lenguaje, el amor, el pensamiento, el hombre; relativiza los mitos de la modernidad (el progreso, la neutralidad de la ciencia y la tecnología, el humanismo ateo, etc.) a la luz de lo absoluto, Dios y sus creaciones, a quienes intenta absolutizar más aún, valga la hipérbole; en realidad, es nostalgia de un pasado selecto construido a partir de una elaboración mental que elige aspectos muy específicos de la cultura y la historia y construye con ellos una imagen que compara con el presente, también selecto pero a la inversa: en lo negativo.

El libro de Ibáñez es una enorme (y lograda pese a sus limitaciones y sus afirmaciones y/o negaciones a menudo arbitrarias) empresa de impugnación y corrección de escrituras literarias, históricas, filosóficas y religiosas claves de nuestra sociedad, actuales y del pasado, desde la perspectiva de los valores del Evangelio vistos en una dimensión en gran medida individualista y ahistórica, pero lúcida y ferviente. Un libro inmenso que se hace leer con interés y preocupación a pesar de lo extenso y complejo. Un libro necesario (esté el lector de acuerdo o en desacuerdo con Ibáñez) para reflexionar sobre la situación actual de la humanidad. Un documento indispensable de la situación del hombre del siglo XX, de sus dudas, negaciones y frustraciones, de sus anhelos, sueños y esperanzas.

Valdivia - octubre de 1980.